

De la Torre, Patricia. *Los constructores del Estado nacional: 1830-2010. En el cerebro político del Ecuador.* Quito: SENPLADES, 2013. 304 pp.

**Ana María Pozo
Universidad de Los Hemisferios**

El libro *Los constructores del Estado nacional: 1830-2010* de Patricia de la Torre se fundamenta sobre la metáfora. El Estado es un sistema complejo que es equivalente a otro sistema complejo: el cerebro humano. Al leer el libro, la inquietud que permanece como una constante es de qué manera podemos aproximarnos al Estado desde la dimensión del cerebro, haciendo una analogía con su funcionamiento.

Comprender qué es el Estado, o cuál es la naturaleza del cerebro humano, si este es racional o afectivo, e inclusive cuál es el papel de la racionalidad de los aparatos de Estado y la afectividad de los actores sociales, son dimensiones que inmediatamente saltan a la vista cuando uno recorre las páginas del trabajo que tenemos en mano. La inquietud sobre el cerebro, su misterio, tomando en cuenta su ligazón con la historia ecuatoriana, nos obliga, evidentemente, en el libro que comentamos, a tomar en cuenta el transcurso del tiempo, fuera de los límites de la inmediatez. La autora así aborda la metáfora de la construcción del Estado, del devenir de este, de su funcionamiento, desde el tiempo histórico, desde el cual se puede establecer constantes, variables, puntos de fuga con ambas nociones: Estado y cerebro, y su punto de confluencia.

Sustentar una metáfora tan original que presenta como equivalentes el cerebro y el Estado es algo complejo. Veamos el origen de la investigación: la constatación de que la formación del Estado Republicano tiene que ver con un proceso evolutivo, con momentos claves de formación, los cuales no reflejarían un proceso homogéneo, sino caótico y desigual.

De ahí las hipótesis que son tres: 1) El Estado ecuatoriano no habría logrado constituirse como tal, dada la existencia de tres estructuras estatales vigentes y heredadas: el Estado Inca, el Estado colonial, y las que se iban organizando a través del Estado Republicano; 2) Los intereses privados habrían boicoteado la construcción de lo nacional al desnaturalizar lo que le corresponde al Estado y lo que le corresponde a la sociedad; así lo privado – local devino en lo nacional; por último, 3) el carácter anómico de la cultura política y social ecuatoriana que habría originado una sociedad fracturada y opuesta con leyes adaptadas según conveniencias.

De estas tres hipótesis, es evidente que el trabajo de Patricia de La Torre perfila la necesidad de un estudio interdisciplinario; esto se evidencia por el carácter del texto que si bien se sitúa en el contexto de la socio-política, en el análisis neoconstitucional,

además implica una lectura de la realidad histórica ecuatoriana desde otros epistemes que están ligados a las teorías de la complejidad y de la teoría sistémica, sin descontar cierto trajín por las teorías acerca del trabajo del cerebro. Constatamos el diálogo que tiene la autora con Niklas Luhmann y Edgar Morin; además con ciertas entradas de la neurología.

Me interesa en particular discutir la posibilidad de la metáfora socio-histórica en el libro de Patricia de La Torre, tomando además en cuenta los anteriores criterios.

Hablemos de la metáfora. Ésta no es solamente un elemento estilístico sino más bien un mecanismo intelectual de aprehensión del mundo. Se trata de un *procedimiento* a través del cual se aprehende algo que en principio *nos* es ajeno. Por esta razón, la metáfora podría considerarse como una forma de conocimiento que nos permite entender lo abstracto y lo desconocido a partir de instancias materiales. Y la metáfora puede ir un poco más lejos: es un proceso, en el sentido de transcurso y acción, cómo ese ir hacia lo otro, sin llegar nunca a él, pero percibiéndolo justamente en esa ausencia de sí.

El punto de convergencia entre cerebro y Estado, aquello que permite consolidar a la metáfora como tal, se fundamenta en el hecho de que los dos son sistemas complejos que precisan un entorno y un límite, y que están compuestos, a su vez, por partes diferenciables, por unidades discretas, en términos de Roland Barthes, el semiólogo francés.

Estas unidades se relacionan, dentro del sistema, por la comunicación o la interacción entre ellas. El cerebro político, por tanto, puede ser explicado de la misma manera en que los neurólogos han explicado el funcionamiento del cerebro humano. En este marco dice de La Torre: “El cerebro político interactúa análogamente con base en relaciones pasionales y racionales, en espacios de decisión, autoridad y poder” (34).

Entonces, la metáfora en el libro *Los constructores del Estado nacional: 1830-2010* se construye de la siguiente manera. En primer lugar, se encuentra el sistema límbico, aquel que está relacionado con la memoria, la atención, la personalidad, las emociones y las conductas, y representa la dimensión no racional del Estado. A partir de este criterio, la autora introduce la categoría del *circuito emocional del cerebro político*. El tálamo, cuya función neurológica es procesar cualquier estímulo percibido por los sentidos y generar respuestas, valorando el pasado, el presente y el futuro, es en el caso de la metáfora del Estado, el centro del poder político de las altas decisiones del gobierno. El funcionamiento del tálamo, de acuerdo a esto, es similar al de la política. De este hecho, la autora precisa la siguiente relación metafórica: la memoria que se alberga en el tálamo es la rutina política que implica un complejo proceso cuando se quiere instalar cambios profundos.

En segundo lugar, se encuentra el gyrus cinguli del cerebro. Éste representa el entorno cultural que la sociedad ofrece como marco constitucional: las posturas ideológicas, las filiaciones partidistas, la transmisión de reglas, normas, y tradiciones. Dicho de otro modo, corresponde al contexto específico que ha marcado la evolución del Estado ecuatoriano: el poder privado-local y la anomia.

En tercer lugar, está el circuito que atraviesa la corteza endocrina y el hipocampo. En este circuito se procesa la construcción de la emoción y el estímulo. Es decir, son las influencias del medio externo, que en el caso del cerebro político, representan las protestas sociales, las huelgas o movilizaciones. Es decir, los signos de las crisis políticas. El cerebro político, al igual que el cerebro humano, debe reaccionar ante estos cuadros de crisis. Su función, por tanto, es la de defender y re-ordenar lo que sea ha desordenado, pero no solo en defensa de un status quo, sino abrir nuevas soluciones. Cabría preguntarse si todo se soluciona desde el orden del cerebro y como tal del Estado. Valdría la pena pensar que muchas veces los cuadros de crisis pueden también desatar una red neuronal que, por ejemplo, en la actualidad puede ser una comunidad de naciones. Desde estos espacios, como la historia parece demostrarlo, también se dan impugnaciones, soluciones o nuevos problemas.

Esta renovación política se explica gracias a otra función del cerebro: la neuroplasticidad. Ésta hace que el cerebro humano no sea una estructura inmutable, sino que sea capaz de adaptarse e incluso cambiarse a sí mismo. Así funcionaría el cerebro político en sus relaciones con la sociedad: impulsaría lo adaptativo y lo plástico como sus organizaciones; entiéndase lo plástico como el Estado que se moldea a sí mismo. Acá cabe con fuerza la teoría de sistemas sobre todo en la dimensión de la autopoiesis: es decir, cómo un sistema político, una organización política genera sus propias respuestas, reconfigura su propio estatus, aprende de las crisis, se reedifica o se refunda.

Las nuevas soluciones, frente a determinadas situaciones de crisis, emergen en el hipotálamo. Éste es el centro integrador del sistema y, dentro de la metáfora establecida, es el centro clave donde se asienta el poder político de los gobernantes. El hipotálamo, en consecuencia, representa, considerando a de La Torre, al constructor del Estado, es decir, aquel que sabe responder a determinadas crisis y que con su respuesta renueva el campo político.

Por tanto, el regreso al orden, la superación del caos de un cerebro político altamente en alarma, se instaura con la emoción y el apareamiento del líder carismático, de un caudillo en el poder que no es conciliador sino radical, pues con él declina la crisis con un pacto social que se establece mediante la carta constitucional. Es el tálamo político, sostiene la autora, el que recepta toda la información, toma decisiones y se vuelve racional. De esta manera, por ejemplo, han actuado los cinco gobernantes que De la Torre analiza: García Moreno, Alfaro, Ayora, Rodríguez Lara y Rafael Correa. Esto quiere decir que los postulados de *Los constructores del Estado*

nacional: 1830-2010 es de actualidad, porque a partir de una observación socio-histórica se puede también comprender lo que está pasando en la actualidad en nuestro país.

La metáfora del cerebro se cierra presentando el concepto de epilepsia. Esta es una enfermedad crónica caracterizada por varios trastornos neurológicos que deja una predisposición en el cerebro para generar convulsiones recurrentes. Para la autora, la convulsión es la crisis política de alta intensidad. Es la alarma cerebral que proviene del entorno. Ésta exige una respuesta rápida y es en ese momento en el que surge la figura del líder político. Sin embargo, después, vienen los momentos de sosiego: es en este momento donde, ya establecida la tranquilidad social, se origina la anomia. Pero como se trata de una enfermedad crónica, probablemente generada por el mismo sistema, se genera otra crisis y otra aparición. Esto implica que la evolución del Estado ecuatoriano se pueda entender como ciclos de crisis crónicas. Ésta es su continuidad, puesto que marca una ruptura con lo anterior y origina un nuevo equilibrio. De tal manera, en el proceso de formación del Estado ecuatoriano, a lo largo de 180 años, la crisis es un eje conductor de este proceso. El estudio de la autora, presenta, que el sistema político ecuatoriano genera tanto su crisis como su desequilibrio, y su historia es la historia de la estabilidad y la inestabilidad, del orden y el caos.

Ahora bien, lo interesante de esta metáfora es que no termina al fin del libro. La metáfora permite abrir nuevas líneas de investigación. En cierto sentido, es ilimitada y exhaustiva. ¿No sería interesante, por ejemplo, estudiar los diferentes síndromes neurológicos y aplicarlos a determinadas conductas políticas y sociales? Durante la lectura de este libro, y por casualidad, encontré otro: *El hombre que confundió a su esposa con un sombrero*, escrito por el profesor de neurología de la Universidad de Nueva York, Oliver Sacks, quien al presentar los distintos desórdenes neurológicos, basados en déficits y en excesos, llegaba a la conclusión de que el sujeto, a pesar de su enfermedad, siempre lucha por mantener su identidad. Pensaba que de esta misma manera debía funcionar el Estado. El Estado, al igual que el cerebro, se define en el transcurso del tiempo, y busca siempre salvaguardar su identidad, a pesar de las crisis y la anomia crónica que lo acecha.

Finalizo señalando que *Los constructores del Estado nacional: 1830-2010*, de acuerdo a la lectura que nos invita a realizar, es una entrada diferente. Conectar dos sistemas de pensamiento, el uno ligado a la sociología –o probablemente a la historia política–, y el otro ligado a la neurología, es un desafío enorme e interesante. El libro, por ello, es también un reto para repensar las ciencias sociales, para hacerlo desde lugares o paradigmas nuevos y esto es poco frecuente en los estudios actuales, sobre todo en Ecuador. Por ello, es importante que sigamos de cerca la obra de Patricia de La Torre.